

Elena de LORENZO ÁLVAREZ, *Nuevos mundos poéticos: la poesía filosófica de la Ilustración*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2002, 573 págs.

En este libro, Elena de Lorenzo ofrece la versión enmendada de su tesis doctoral, leída en febrero de 2000. El volumen consta de unas quinientas páginas de texto, seguidas de una nutrida bibliografía y de dos índices muy cuidados: onomástico el primero, índice de poemas el segundo, el cual da por sí solo una idea del amplio corpus manejado por la autora.

Una introducción de quince páginas define muy claramente el objeto de la investigación que consiste en interrogarse sobre las repercusiones que pudo tener «la nueva mentalidad» ilustrada en el campo poético, valiéndose para ello a la vez de la historia de las mentalidades, de la lexicología y, por supuesto, de la retórica.

La primera parte (ochenta y cinco páginas) sacrifica, en su principio, al rito obligado del estado de la cuestión, presentando una síntesis de las diversas visiones de la literatura española dieciochesca que se registran desde Azorín hasta nuestros días. Afortunadamente no se contenta Elena de Lorenzo con resumir doctrinas, sino que, como conviene en una verdadera tesis, no duda en tomar posición en el debate. Así es como expresa su discrepancia con la distinción establecida por Caso González entre poesía neoclásica y poesía filosófica, siendo a su juicio el neoclasicismo «un eje formal [...] que permite englobar casi toda la poesía setecentista», mientras que «la filosofía sería un eje temático que condiciona la innovación de contenidos y, en consecuencia, exige una mayor libertad formal» (pág. 54). Esta frase es una buena formulación del objeto fundamental del libro.

Aclaradas esas cuestiones terminológicas, De Lorenzo analiza las ideas fundamentales de los ilustrados sobre el discurso poético y su deseable renovación. Bien conocida es la hostilidad de aquellos hombres por los excesos de los conceptistas y culteranos, así como su convicción de que ha degenerado la poesía de su dignidad primera, llegando a ser considerada como una actividad frívola. Con todo no se arredran en su búsqueda de posibles vías de renovación. Es particularmente interesante al respecto el extracto de un discurso del conde de Torrepalma (pág. 83) en el cual se proclaman a un tiempo la primacía del genio y el necesario estudio de los mejores poetas españoles, no por medio de una imitación solitaria, sino por un examen colectivo, el único susceptible de seleccionar debidamente lo mejor de aquellos modelos, lo que equivaldría a renovar y actualizar la preceptiva.

Actualizar, abrir el campo poético a elementos de la vida contemporánea corresponde a una aspiración manifiesta en Europa, justamente señalada en estas páginas, lo mismo que la indiscutible importancia de Kant en la evolución del pensamiento estético y de la percepción de lo bello. Sin embargo, me parece inexacto pensar que el filósofo alemán inspiraría a Arteaga su concepción de lo bello, presentado como «una reacción subjetiva del sujeto que contempla» (pág. 84). En realidad, Kant presta a lo bello el carácter de una necesidad universal y afectiva a la vez. De este modo, el sentimiento estético permite una armonía casi milagrosa entre el entendimiento y la imaginación, consiguiendo resolver concretamente la antinomia entre un gusto puramente subjetivo y un juicio universal. Por lo tanto, me parece difícil asimilar la teoría kantiana a un mero subjetivismo.

Termina la primera parte con la presentación de los renovadores (Jovellanos, Quintana, Meléndez Valdés, Cienfuegos...), de los temas que se proponen tocar, y también del bando adverso (Moratín, Forner...). Están perfectamente escogidos los textos que ilustran las respectivas posiciones de tantos poetas.

A partir de estas sólidas bases se desarrolla la segunda parte del libro (384 págs.) titulada: «Nuevos mundos poéticos: los tópicos literarios de la Ilustración». Son siete los tópicos analizados en sendos capítulos: La España del progreso, Los hombres célebres, La cadena de los seres, El noble inútil, Imágenes literarias de América, Las furias de la patria y El amado amigo. Su estudio sigue un esquema muy bien diseñado que consiste primero, cuando es pertinente, en señalar la presencia y la configuración de estos temas en modelos literarios antiguos, antes de examinar su uso en el siglo XVIII dentro y, a veces, fuera de España. Viene luego la demostración, a través de numerosos ejemplos, de la integración renovada de dichos temas en la poesía filosófica de la Ilustración. Unas conclusiones parciales, claras y firmes, ayudan a sacar las debidas enseñanzas de un abundante corpus.

Este corpus, piedra angular de la demostración, está formado por textos de conocidos autores, ya evocados, pero también de autores «menores» (Girón, Hidalgo, Salas, Ramírez de Góngora...) y hasta de algunas voces asturianas. Es de alabar la amplitud de las citas, acertada opción que permite al lector valorar debidamente el análisis de unos versos en no pocos casos, si no desconocidos, bastante olvidados. La demostración llevada a cabo en esta segunda parte confirma cualidades ya perceptibles en la primera: facilidad y elegancia de la pluma, capacidad para la síntesis, firmeza del pensamiento, excelente conocimiento del siglo XVIII, como era de esperar en una investigadora formada en Oviedo. Además, revela una apreciable soltura en manejar tanto conceptos abstractos como tecnicismos retóricos o datos históricos, lo cual enriquece consi-

derablemente el comentario de los textos. A la calidad del análisis, en particular del análisis literario, se debe que no se convierta nunca un capítulo en un catálogo ordenado de poemas, escollo que no era tan fácil de sortear.

Al seguir con atención e interés una demostración, surge el natural deseo de hacer preguntas, añadir comentarios, entrar en el debate que forzosamente surge de una tesis. Así me parece discutible, por presentarse como exclusiva, la relación entre lujo e inutilidad de la nobleza, siendo mucho más complejas las causas del vituperio. También me parece dudoso ver en la retórica amorosa aplicada a la amistad una renovación ilustrada del tópico: ¿cómo podría ser si dicha retórica está ya presente en Montaigne, debidamente evocado en el capítulo correspondiente a dicho tópico, inspirándose además el ensayista francés en Terencio y Horacio? Por otra parte, el paralelo esbozado con la poesía inglesa me lleva a desear, en adelante, una exploración más detenida de la vía comparatista rica de promesas.

El libro reseñado brinda al lector una valiosa reflexión sobre una modalidad de la poesía dieciochesca hasta ahora más bien censurada que estudiada. En ningún momento cae Elena de Lorenzo en la tentación de prestar a los textos analizados un valor que no tienen. Lo dice claramente en las «Reflexiones finales»: la relectura que propone no pretende «una restauración o revalorización improcedente de este corpus» (pág. 514). Sin embargo, cabe preguntarse para terminar si la renovación temática basta para crear «nuevos mundos poéticos». Es tan fuerte, en estos poemas, la impronta de la retórica tradicional con su pesado aparato mitológico que me inclinaría a pensar que no. Pero queda abierto el debate.

FRANÇOISE ÉTIENVRE